

LUDIVINA

Ma. Teresa Monterrubio

René va a amar a Ludivina, por esa soledad apelmazándosele dentro de los huesos, por sus cabellos largos, desenredados, correctos; por el desperdicio de esos cabellos que nadie a ido enredando despacio, sobre la grama. Por eso es que le huelen sus cabellos a tanta ausencia, a tanta no-vida, porque desde que se le murió la abuela a Ludivina no ha habido ternura para desenredarle el pelo. También va a quererla por sus ojos, por esos ojos tan enormemente tristes, tan claros detrás de los lentes, tan llenos de luz, cuando parece que va a ponerse a llorar, aun allí, en medio de todos, en la clase. . . René sabe mucho de Ludivina. Es que en Ludivina se traslucen todos los sentimientos, porque ella tiene algo así como una ternura vieja desperdiciándosele entre labios, por eso es que suspira tanto a veces: como se le quieren escapar cosas, dulzuras espesas, añejas de tan guardadas.

Hace mucho, alguien completamente oscuro, dijo que no creía que a nadie pudiese gustarle Ludivina, pero ahí está René, y eso nos devolvió la esperanza, una esperanza que nos alcanzaba. Yo he mirado el deseo en las miradas de René hacia los huesos de Ludivina: será porque es delgadita, llena de huesos planos, porque se le pueden sentir los huesos cuando se le abraza un poco. No sé si es también, porque detrás de tanto vestido y tanta tela, Ludivina tiene diminutas partes de miel y de semilla, palpitándole a escondidas, calladamente, como inexistentes, bajo tanto vestido y tanta tela. Las manos, me dan miedo las manos de Ludivina, tan flacas, tan como para arañar cosas, como para atrapar sustancias y no dejarlas ir, como que ella se la vive así, arañándole cosas a la vida. Uno le mira esas manos, y tiene la seguridad de quehaceres oscuros, de no sé qué reposterías olvidadas, tejido de gancho enredado, asfixiando, cientos de muñecos. Ludivina con menesteres propios de niña-vieja.

Un viernes vi cómo acechaba y perseguía René a Ludivina. También oí cómo crujía Ludivina de tanto abrazo y tanto beso, pobre, se asustó tanto que salió corriendo, pero volvía el rostro para mirarlo a veces, ¡qué extraño! Al principio se podía oler el susto de su cara, pero después se le veía radiante, luminosa, como si al volver el rostro, volteara algo así como una luciérnaga, de esas azules.

Me da miedo cómo se refugia, cómo cava Ludivina con sus uñas ese trozo de alimento que es René, cómo lo succiona, cómo revolotea nerviosa alrede-

dor de él, cómo le entran los miedos, ese terror suave al abandono. Ahora ya es más soleada, ya no se queja tanto de abandono, ya no se queja, pero había días (antes de René) que llegaba llena de susceptibilidades. Y le daba por lanzar gritos pequeños, ásperos, escapados, más parecidos a sollozos quebrados, que la nacían, cuando iba a comenzarle una risa, una respiración, una palabra, lo malo de esa facultad, era que la sorprendía entre las correcciones de la clase, y nos callábamos todos para mirarla, dándonos cuenta de todo, dolía descubrir a una Ludivina que mirábamos poco, allí, quejándose, una acusación viviente para todos. Una Ludivina con su soledad recta, difícil, sola; podíamos imaginar sus depresiones, sus desquites, sus corajes por ese abandono gratuito, las maldiciones, los ahorcamientos por tejido de gancho de uno por uno, todos sus muñecos, sus envidias, sus sueños eróticos, sus despertares tiesos, helados, convulsivos, cuando todo ese ser, con todos sus huesos, se ponía a luchar por no morir de tanto silencio y tanta nada. Así era antes de René, Ludivina, por eso me da miedo cómo se refugia, cómo clava con sus uñas ese. . .

René ya se cansó de tanta Ludivina, de tantas locuras antiguas, le entraron náuseas profundas de tanta dulzura espesa, no aguantó tanta complicación azul de Ludivina.

Nos la ha dejado aquí, no sabemos dónde ponerla, qué hacer con ella, ni dónde tocarla qué le duela menos: parece como si nos la hubiese arrojado aquí. La despidió, pero creo que él ni tiene ni idea de lo que hizo, porque parece que se nos va a morir; se está aquí arañando la silla, pálida, temblando, tiritando, maldiciendo entre dientes, cosas, nombres, gentes, a veces creo que nos mira a todos con odio, a todos, pero no nos grita, se aprieta los dientes, no sabe el daño que le hace ese ahogo.

Todos pensamos lo mismo, no dejamos de mirarla para pensar lo mismo. Otra vez la soledad de Ludivina, otra vez el abandono, otra vez Ludivina, otra. ¿Por qué no fuiste menos complicada, simple como las otras, despreocupada, alegre, mentirosa e hipócrita como las otras? ¿Por qué tanta profundidad azul? No te valió tanta ternura, tanta dulzura espesa, tanto haberte entregado, tanto haberte apretado a él.

Aquí se nos quedó Ludivina, se ha puesto a llorar, como creí que ya no lloraba nadie, convulsivamente; a veces entre llanto y llanto, se detiene, se interrumpe con la respiración y todo. Me dan miedo esos llantos profundos, casi interminablemente de tres minutos, pero no, vuelve a respirar, para comenzar a fabricarse otro sollozo profundo. Aquí está. No sabemos dónde está René, dónde ir a buscarlo; ya no sabemos qué hacer con ella, dónde ponerla, dónde tocarla que le duela menos, nos mira con odio, no sé por qué, se nos está muriendo de amor, así está de destrozada. . .

